JESUCRISTO.

«¡Venid á verme; y hablaremos de Jesucristo!»

Palabras del abate Deguerry, martir de la *Commun*, en París el dia 24 de mayo de 1871.

«Cuando hay que hablar de Jesucristo, se siente una especie de compresion involuntaria. Témese, cuando no se le pronuncia de rodillas y adorándole, profanar, con solo repetirlo, ese nombre inefable, y para con el cual el respeto mas profundo pudiera ser todavía una blasfemia. Los que lo niegan absolutamente, llevan en ello su castigo. Véase á los hombres mas grandes de los modernos anticristianos, Federico de Prusia, La Place, Gœthe; mírese bien á todo el que ha desconocido á Jesucristo, en su entendimiento lo mismo que en su corazon, y se advertirá que carecia de algo... Hagámonos por lo menos un eco fiel, repitiendo, sin reserva y de todo corazon, estas palabras de M. de la Chaise, en su prólogo á la obra de Pascal: «Aunque no hubiera profecías sobre Jesucristo, y no hubiera realizado milagros, hay *algo* tan divino en su doctrina y en su vida, que no puede menos de electrizarnos; y así como no existe ni verdadera virtud, ni rectitud de

corazon sin amor á Jesucristo, tampoco existe inteligencia, ni delicadeza de sentimientos, sin admirar á Jesucristo (1).»

Tal es el homenage tributado á Jesucristo, en un lúcido intervalo de conviccion, por uno de los mas grandes críticos y de los más obstinados escépticos de nuestra época. En él nos da el secreto criterio, que ha permanecido en el fondo de su conciencia, bajo los escombros de su fé, y segun el cual, á veces sin apercibirlo, juzgaba las mas grandes celebridades anticristianas, y valuaba aquel *algo* de que ha carecido su entendimiento ó su corazon.

Quisiera yo hacer que radiase vivamente en la noche de las inteligencias, esa vivísima luz que hay en Jesucristo, sin que me detuviera el temor jansenista que se esquiva al comercio de su objeto, receloso de profanarlo, ó el encanto pasagero cuya fuente no podria producir esa *verdadera virtud, esa rectitud de corazon, esa elevacion de inteligencia y esa delicadeza de sentimientos*, que se reconoce en él, si no nos abrevamos y sumergimos en ella.

Es preciso hablar y hablar mucho de Jesucristo, por poco dignos que seamos para esta empresa. La necesidad que de ello tenemos triunfa de la impotencia con el auxilio de Aquel mismo que la satisface, y que solo puede tener por vencedor á Sí mismo. El mismo movimiento que nos comprime en presencia de Jesucristo, y nos impulsa á decir con el mas fragil, y no obstante, el primero de sus Apóstoles: *¡Retiraos de mí, porque no soy mas que un pecador!* (2) nos impele al instante por medio de la reaccion de nuestra miseria misma, hácia su Bondad, y nos obliga á lanzar este grito de alarma que obtiene respuesta suya: *¿A quién acudiremos Señor? Vos solo teneis palabras de vida* (3). Entonces la indignidad misma

(1) Sante Beuve, *Puerto Real*, edicion de 1867, t. III, pág. 350.
(2) San Lucas, v. 8.
(3) San Juan, v. 69.

queda rescatada por medio del conocimiento que tiene de sí, y llega á ser un título para lo que seria sin este profundo sentimiento una temeridad sacrílega, aun en el ser humano mas digno; porque rinde mayor lugar y honor á Jesucristo; el cual misericordioso médico, vino especialmente al mundo para los enfermos y los indignos.

La dificultad no consiste, pues, gracias á El, en hablar de El, si todos tuviéramos este sentimiento; ó mas bien, bastaríanos dejar que se manifestara El mismo á nuestras almas, limitándonos por nuestra parte á escucharle en sus indecibles comunicaciones, como se dice que lo efectuaba respecto de María sentada en silencio á sus pies. Dichosos aquellos que han conservado el *Arte* sencillo y grande de saber conversar con Jesus, y la suprema prudencia de no interrumpir su comercio (1); porque llevan en sí el *Principio de todas las cosas que habla en lo interior* (2), que destila en él la verdadera ciencia, y que sin fausto alguno doctrinal y sin aparato silogístico, da á conocer de ella con un rayo de su Verdad, que es luz y calor á un tiempo mismo, mucho mas que lo que podria aprenderse en todas las escuelas.

Pero la gran dificultad consiste en hablar de Jesucristo en un siglo que no oye en nada á Jesucristo; que ha perdido, no solamente la ciencia, sino el sentido de lo espiritual; ese conocimiento de Dios de que no hace caso el hombre *animal*, es decir limitado al órden temporal; ese siglo que no solamente ha perdido esa ciencia y ese sentido, sino que se ha erigido con su misma ignorancia una ciencia donde se acantona y se abisma en su degradacion, y que se ha formado de esa misma degradacion una supersticion con que se adora á sí propio; que, por un trastorno visual, que es consiguiente á tal estado, concep-

(1) *Magna ars est scire conversari cum Jesu, et scire Jesum tenere magna prudentia* (*De Ymit. Christi*, lib. II, cap. VIII.
(2) San Juan, VIII, 25.

túa valadí y despreciable lo que llena el espacio y el tiempo y traspasa infinitamente todas las esferas, prescinde de la Omnipotencia y se mofa del Eterno Amor, pone á *Aquel que es la verdadera Luz*, por blanco de sus *libres pensadores*, ó, lo que es la peor de todas las locuras, la locura docta y fria, le suprime de entre sus *sabios*; ese siglo, que por la inversa, califica de locos al reducido número de los que todavía asienten y estan por la razon y la buena fé del género humano, y los impulsa al desaliento y á la defeccion, cuando no califica de heroismo la protesta contra esta razon y contra la profesion de esta fé.

Hablar de Jesucristo á este siglo, hé aquí la dificultad; dificultad mucho mas grande, en cierto sentido, que lo fue para San Pablo la de anunciarle en Atenas; porque en Atenas, como en todas partes en aquel tiempo estaba muy lejos de faltar el testimonio religioso, y el Apóstol pudo apoyarse en este sentimiento para comenzar su arenga con estas palabras: «Atenienses, echo de ver que sois *religiosos casi hasta el esceso*; porque entre los numerosos altares de vuestros dioses que he visto en mi camino, he hallado uno con esta inscripcion: *Al Dios desconocido*. Pues ese Dios á quien adorais sin conocerle, es el que yo vengo á anunciaros (1);» y la gracia de esta predicacion concibió á aquel que debia llevarla á Francia (2).

Pero en el dia, no podemos apoyarnos en este altar, ni en ningun otro altar público, de tantos como habia en Atenas. El altar de Jesucristo, despues de haberse elevado y ensanchado con la ruina de todos los que constituian el oprobio del género humano, y de haberse ostentado durante diez y ocho siglos foco de vida y de gloria, ha sido proscrito, ó solo tiene algunos adoradores especiales. Es pues empresa arriesgada colocar dignamente la primera piedra de este altar en el monte Aventino de la barbarie moderna; barbarie peor que la que inmoló en él á San Dionisio. Porque en este altar reside todo altar, toda creencia, que esta barbarie se niega á aceptar. No tenemos pues en el dia un altar al *Dios desconocido*, sino al *sin Dios*.

(1) *Actos de los Apóstoles*, XII, XVII, 23.

(2) San Dionisio, primer apóstol de París, que tomó posesion de Montmartre por medio de su martirio.

¿Y las mismas clases directoras, no se hallan impregnadas del mismo espíritu?

El Cristo evangélico, el verdadero, diciendo la verdad á todos; á los Escribas y á los Fariseos, lo mismo que á los publicanos y á los miserables; á los Príncipes del pueblo, y á los Doctores de la Ley, como á la multitud; sembrando en las ciudades y en los campos las maravillas de su bondad y de su poder; evangelizando las *Naciones* y acomodándoselas por medio de su gracia, ó fustigándolas con su vara de hierro y haciendo desaparecer sus haces y sus dioses ante su Cruz; ese gran Cristo *público*, á quien *esas Naciones han sido dadas en herencia* (1) hállase reducido en el seno de aquella misma que fue su hija primogénita, á guardar silencio y á eclipsarse: ¡El! ¡la Palabra! ¡El, la Luz! Hállase estrechado, comprimido en sus templos, como lo está su Vicario en el Vaticano; *su Vicario, en quien se halla El mismo cautivo* (2). No hay ya lugar para El en su sol. La vida pública se halla tapiada para la mirada de Dios; cada cual se conduce á su antojo, y Dios no tiene que ver nada en ella, ni aun en la conciencia de ciertos cristianos que no se abre á El en esta parte. Sin duda se admite á Dios con relacion á otro mundo; pero en el gobierno de este, se está sin Cristo, sin Dios; SINE CHISTO ET SINE DEO IN HOC MUNDO (3). La obra tiene celos de su artífice. Esto es el *Libre Pensamiento* aplicado á la sociedad pública; es el ateismo

(1) Salmo II, 8.

(2) *En el vicario suo Christo esser catto.* Dante, Purg. c. XX.

(3) Ad Ephes, II, 12.

político y social; grande heregía de este siglo, justamente denunciada por el órgano infalible de la verdad como la causa y orígen de toda nuestra impotencia, de toda nuestra degradacion y de todos nuestros males.

Semejante heregía no debe ser menos fatal en el órden humano que lo seria en el órden físico la ruptura de la fuerza centrífuga, que representa *la Libertad* en el primero de estos órdenes, con la fuerza de gravitacion que representa la *Verdad*; puesto que estos dos órdenes, proviniendo igualmente de su Autor, no deben diferir sino en que lo que se hace necesariamente en el segundo, debe hacerse voluntariamente en el primero, bajo pena de un desórden igual.

Y hay conciencias que se dicen todavía católicas, que no temen comprometer sistemáticamente en esta funesta via la suerte de los pueblos, no digo solamente contra las advertencias de la mayor Autoridad que haya en el mundo, y de que hacen profesion de depender, contra la ley de Dios y de su Cristo cuyos discípulos son secretamente, sino contra la misma naturaleza de las cosas; contra el buen sentido, que es finalmente el árbitro de la vida humana y el vengador de Dios. Y la masa de los espíritus, *presidida por el aliciente de esta falsa libertad y siguiéndola ciegamente, puesto que ni siquiera entienden su nombre* (1), se deja conducir de tal suerte á la apostasía, en el hecho de retardar el volver á su fé por medio del interés mas decisivo de todos y de la prueba mas apremiante de todas las pruebas, cual es la vida ó la muerte social suspendida actualmente en la afirmacion ó en la negacion pública de Jesucristo sin neutralidad posible.

¿Cómo, pues, repito, hablar de Jesucristo á esta sociedad? Y no obstante, es necesario, porque es hablarle hasta lo sumo de ella misma, de su propia existencia y de su suerte

(1) Bossuet.

inmediata; y si el asunto es divino, todas las consecuencias son humanas. Es preciso obrar en contra de esta espantosa disminucion de Jesucristo que constituye nuestra propia disminucion. Es necesario volver á designar el debido lugar á Jesucristo en medio de nosotros, si queremos volver á tener sitio y lugar en el mundo.

Sin embargo, fácil es concebir cuánto debe resentirse y cuántas dificultades debe esperimentar el modo de proceder para ello, de semejante estado público de las almas.

Es preciso tomarlas en el lugar en que se hallan respecto de Jesucristo, para conducirlas á donde deben estar, de abajo arriba. Jesucristo es aquella prodigiosa montaña de la interpretacion profética de Daniel, que siendo una piedrecilla en un principio, desprendida por sí misma del Altísimo, despues de haber pulverizado todos los imperios del antiguo mundo figurados en los diversos metales de que se componia la estátua con que soñó Nabucodonosor, se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra y todo el espacio que la separaba del Cielo (1). Cuando no somos conducidos por las alas de la fé y del amor á su celeste cima, de donde se descubren de una ojeada todas las cosas; cuando somos miopes hasta el punto de no verla todavía sino como una *piedrecilla*, y de ir á chocar contra su masa, en vez de apoyarnos en ella; cuando nos vemos obligados á ascender á ella con tardo paso, es preciso prepararse de lejos y desde la llanura, á subir sus laderas por senderos circulares; descubrir, al ascender por grados, un horizonte mas y mas estenso, y todas cuyas secciones vienen á juntarse, hasta que por medio de esta asociacion laboriosa de Jesucristo caigamos aniquilados y abrumados por la *amplitud, longitud, elevacion y profundidad de este misterio* (2), y que seamos acogidos y realzados por estas justas pala-

(1) Daniel, cap. II, 35.
(2) A los Efesios, III, 18.

bras: «¡O tardos y pesados de corazon en mi creencia! (1).»

Así es como nos es preciso proceder; y aun esto, sin pretender otra cosa que trazar un itinerario y marcar algunos puntos de vista y algunas estaciones en la pendiente de tales abismos.

Mas para esto mismo, es necesario ser movido y atraido por Jesucristo, por Dios en El. De cualquiera manera que intentemos tratarlo, no es este un asunto como cualquier otro. Siendo el mas demostrable y el mas luminoso en sí mismo hasta disipar toda contradiccion, permite á nuestros desgraciados contradictores complacerse en la falsedad de su negacion por medio de la sublimidad sobrenatural de su divino objeto, cuyo valor es sobrado grande para dejarse obtener por quien no lo merece, y que castiga el orgullo por medio de esta mezquina complacencia en sí mismo, al par que abre sus tesoros á la voluntad buena y recta que se estima en menos que él. Este es el sentido de aquellas palabras de Jesucristo: «Nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no le atrae (2).»

No es esto decir que para buscar á Jesucristo sea preciso fé en Jesucristo. No, no se exige para esto *fé*, sino *buena fé*. Si se le poseyere ya por medio de la fé, no se le buscaria por medio de la prueba. Avanzaríase en él por medio de la fidelidad, mas por otra parte, si no se tuviera buena fé y deseo, no se le buscaria de modo alguno; se le evitaria. Lo que hay de *bueno* en esta fé y en este deseo proviene de El y es ya de El; porque el acto de buscar supone atractivo, y en el atractivo, lo que es su fin, la posesion. «Consuélate, dice él mismo entonces al alma todavía incierta, pero inquieta de él, tú no me buscarías si no me hubieras hallado; no me buscarias, si no me poseyeras; no te inquietes, porque yo mismo soy quien te mueve á buscarme (3).»

(1) San Lucas, XXIV, 25.
(2) San Juan, VI, 44.
(3) Pascal citado por Sainte Beuve en su libro de *Port Royal*.

Pero si basta esto al lector, no basta al escritor de Jesucristo. Aunque solo proceda por medio de argumentos humanos, es preciso que los tome en el foco de toda luz, de la Razon eterna; del Verbo increado. Toda aplicacion del espíritu á una ciencia, aunque sea natural, requiere esta luz. ¡Cuánto, pues, mas la ciencia de esta misma Luz! ¡Cómo hablar del Verbo sin el Verbo! ¡Cómo guiar para buscarle, sin pertenecerle ya! Y para esto ¿qué fidelidad, qué inclinacion de todas las potestades de su ser, no necesita ante este Manantial que solo se dilata á proporcion que se le ahonda un lecho para recibirlo y para estenderlo. ¡Cómo no conocer entonces, quien trate de aquella direccion, su nada! ¡Cómo se teme y se tiembla de servir de obstáculo á la Verdad, haciéndose su intérprete, y cuán dolorosamente dividido y vacilante se siente el escritor entre este temor de comprometerla y el amor de servirla!

En esta terrible empresa, el escritor viene á ser como la víctima de la ciencia. Es preciso que se inmole por ella en su interior para recibir los resplandores que debe trasmitir á lo esterior. Es, pues, preciso decir con toda verdad como Pascal:

«Si este discurso os agrada y os parece sólido y profundo, sabed que lo ha hecho un hombre que se ha puesto de rodillas, antes y despues, para rogar á este Sér infinito al cual somete todo el suyo, que se someta tambien el vuestro, para vuestro bien y para su gloria; y que así la fuerza se armonice con este descenso.»

En tal disposicion por parte del lector, y en cuanto es posible, respecto del escritor, es como, antes de seguir á Jesucristo paso á paso por las alturas de su Evangelio, vamos á ascender á su ciencia histórica y doctrinal, á la luz de la razon, como una iniciacion en su comercio.